

CARACTERIZACIÓN DEL ESPACIO URBANO EN LOS *FABLIAUX*

FLORENCIA CALVO y
GLORIA B. CHICOTE
Universidad de Buenos Aires

La ciudad nació como hogar de libertades, de pactos, de participación y convertirla en decorado es una traición a su espíritu originario.

Luis Martín Santos, introducción a Weber

Desde los primeros estudios dedicados al *fabliau*, los críticos han tratado de delimitar el espacio cultural que les correspondía en el floreciente universo de la literatura francesa medieval. Joseph Bedier (*Les fabliaux*) los conectó directamente con el desarrollo de la burguesía, entendió que habían sido escritos para esparcimiento de los ricos comerciantes que en siglo XIII se imponían en la sociedad francesa. Más tarde Rychner (*Contribution*) y Nykrog (*Les fabliaux*) matizaron la afirmación categórica de Bedier a partir del hallazgo en los mismos textos de alusiones variadas y contrapuestas sobre la forma de recepción de los *fabliaux* y también acerca de la condición social de ese receptor. El primer lugar donde se pueden cuestionar los postulados de la crítica tradicional es el propio *fabliau*: el hecho de que en ocasiones el narrador se dirija a la nobleza determina que no existen razones apriorísticas para excluir estos textos de un

circuito cortés, sino que pueden ser entendidos dentro de ese mismo circuito en tanto representantes de una distinta funcionalidad en el mismo sistema genérico que comparten con la épica o la novela.

Partiendo, así, de la premisa de que no hay una correspondencia estricta entre un género y un público determinado, el *fabliau*, al igual que otras manifestaciones culturales de la Edad Media, parece haber gozado de un público heterogéneo procedente de diversas clases sociales. Por lo tanto, consideramos que resulta más clarificador para penetrar la esencia del género abandonar el esquema de confrontaciones y focalizar estos textos desde el análisis del espacio innovador en el que se desarrollan las acciones: la ciudad.

Históricamente, las ciudades del occidente medieval se imponen a partir del siglo XII y en especial en el siglo XIII, como el nuevo eje en torno al cual girará la cultura europea

de los tiempos modernos.¹ Mucho más que el conjunto edilicio que definen las murallas, las puertas, los puentes, las iglesias, los palacios de las corporaciones y las casas privadas, la ciudad representa un conglomerado humano con reglas nuevas que va a modificar sustancialmente las relaciones sociales impuestas por el feudalismo. En este sentido, Zumthor (*La mesure*, 128) afirma que la ciudad rechaza el nomadismo de la sociedad medieval, oponiendo su masividad a un universo parcelado, y la concentración de seres y recursos, a las soledades rurales, al aislamiento de los linajes feudales.²

Espacialmente, la ciudad es múltiple. En su espacio físico y topográfico se conjugan uno social, uno económico, uno religioso y cada uno implica su propia historia, que se unifica en una cultura urbana común en alguna medida a todas las ciudades de Occidente, aunque también se destacan aspectos particulares con sabor local.

Si dejamos de lado las distinciones entre círculos cortesanos y universos burgueses, en términos estrictamente sociales, veremos que

lo que el *fabliau* permite visualizar es el proceso de urbanización de una sociedad rural, en el que se interpenetran elementos de ambos ámbitos, ofreciéndose en los cuentos los indicios de ese pasaje. El público está formado por la gente de la ciudad que los escucha en la plaza, los comerciantes que frecuentan las ferias, y los nobles que se distraen en la corte oyendo a los juglares.³ Por esta razón, el héroe de nuestros textos será el ciudadano apto para la nueva forma de vida, y el foco de burlas estará relegado a los campesinos y el clero, que no interpretan la normativa urbana.⁴

La ciudad ofrece nuevos códigos que conforman un lenguaje diferente, al que se ciñen en mayor o menor medida aquellos que la habitan y que participan en la elaboración de su mensaje. Se instaura un lenguaje aparentemente incoherente en el que se combinan sistemas simbólicos, transformando las perspectivas visibles, el rumor, los topónimos, la crónica local, el conjunto de significados he-

¹ "La percepción que el hombre del siglo XII tiene de la ciudad está determinada por cuatro modelos míticos en relación los cuales todas las ciudades del mundo pueden funcionar como aproximación o como su contrario: la Jerusalén celeste, término de toda santidad, su contrario Babilonia la maldita, Roma, fuente de la autoridad y del conocimiento, Bizancio, la maravilla lejana, mina inexpugnable de reliquias. Siempre las descripciones de las ciudades medievales responden a un tipo que se tiene presente. A este modelo se impone un determinado arquetipo de matices en los que la ciudad aparece como un lugar de solidez, de clausura y de verticalidad" (Zumthor, *La Mesure*, 19).

² San Isidoro en las *Etimologías* (XV,2,1) vuelve sobre una distinción semántica que ya existía en los términos latinos, el marco de una realidad única entre *urbs* (construcción de piedra) y *civitas* (conjunto de ciudadanos que residen allí).

³ En *Los tres ciegos de Compeigne* se dice: "Se tiene por sabio al menestrel que se esfuerza en componer los hermosos relatos y los bellos cuentos que se recitan en presencia de duques y condes" (vv. 3-6). Pero también en *Auberee la vieja alcabueta* se hace referencia a un público heterogéneo y casual: "Quien quiera acercarse me oirá contar un hermoso cuento..." (vv. 1-2). Para todas las citas se utiliza la edición bilingüe de Felicia de Casas (*Fabliaux*), se consigna la traducción en castellano y la correspondencia con el número de versos del texto francés.

⁴ J. Ribard ("Fabliaux") cuestiona el carácter cómico unívoco de los *fabliaux* y plantea, en cambio, entenderlos como una nueva forma de interrogarse acerca del hombre y su destino, en el marco de los cambios sociales a los que se hace referencia en nuestro análisis: en el momento en que la sociedad deviene urbana y mercantil la codicia se implanta como el mayor de los riesgos pecaminosos y esa situación se refleja en el *fabliau*.

terogéneos acumulados, en discursos en los que se percibe, con dificultad, un sentido global.

Esta proliferación discursiva implicada por la hasta ahora desconocida concentración de lo diverso, crea la necesidad de nuevas textualizaciones que den cuenta del proceso que se está desarrollando. La ciudad define una forma de ser del mundo, a la que corresponden nuevas funciones narrativas como las que aporta el *fabliau*. Se instaura un espacio de socialización en la medida en que la gran plaza y los mercados invitan a un incesante codearse con el otro, a la familiaridad y a la burla de las que nos da cuenta el ambiente recreado en los textos.⁵

Si pasamos a considerar los *fabliaux* en sí mismos, debe destacarse que, paradójicamente, la presencia de la ciudad no está marcada a partir de una condensación de detalles referidos al espacio en el que se desarrolla la acción. Contamos con muy escasas descripciones de ciudades y cuando aparecen son tópicas, por lo tanto no aportan rasgos fidedignos de la ubicación espacial. Sirva de ejemplo la descripción de Decize que aparece en *Una bolsa llena de sentido común*:

Salió de su casa irritado y se fue paseando por la ciudad. Estaba muy bien situada; no conozco otra mejor, se llama Decize y está en una isla

del Loire. El burgués tenía que ir a la feria de Troyes en Borgoña (vv. 34-41).

El hecho de que la famosa feria de Troyes se sitúe erróneamente en Borgoña ofrece una pauta del carácter irrelevante de las referencias aportadas por el texto pero evidencia la importancia de los topónimos en el momento de definir este universo nuevo. El topónimo legítima, de esta manera muchos títulos de *fabliaux* incluyen nombres de ciudades, aunque el desarrollo argumental no se conecta específicamente con ellas: *La burguesa de Orleans*, *Los tres ciegos de Compiègne*, *El molinero de Arleux*.

Más allá de alusiones espaciales precisas, el entramado urbano se teje en la construcción de las relaciones humanas. Pese a esta inexistencia de descripciones, la textualización de la ciudad es importante a partir de determinados ejes relativamente fijos, que permiten plantear funciones núcleo de la vida cotidiana: la ciudad como centro comunitario, fuertemente regulador, es el punto más claro sobre el que debe dirigirse la lectura de los distintos *fabliaux*.

La diferencia entre ámbitos públicos y privados más la estrecha interrelación existente en la Edad Media entre ambas esferas condiciona todo análisis que se quiera emprender acerca de la presencia de la ciudad en estos textos.

Los ámbitos públicos que aparecen en los *fabliaux* son aquellos en los que es posible llevar a cabo el desarrollo y el intercambio social de hombres y mujeres. Este intercambio tendrá que ver ya sea con elementos religiosos, ya sea con elementos económicos característicos que definirán a los nuevos actores sociales. De esta manera los ámbitos más comunes que aluden, metonímicamente, a la ciudad, son el mercado, la iglesia, la calle o la taberna.

⁵ Estas apreciaciones se conectan con las consideraciones de Bajtin (*Esthétique*, 87 y ss.) referidas al fenómeno pluriestilístico, plurilingual y plurivocal que se ubica en la génesis de la novela moderna. Bajtin (*ibidem*, 215) refiriéndose al *fabliau* dice: "Aquí justamente se elaboran los tipos y variantes principales de la palabra bivocal, que luego empezarán a determinar el estilo de la gran novela de la segunda línea: la palabra paródica en todos sus aspectos y matices: irónico, humorístico, de skaz, etc".

Así, en *La burguesa de Orleans*

A la ciudad llegaron tres nuevos clérigos estudiantes, con sus bolsas colgando del cuello. En la ciudad, donde habían tomado albergue, eran muy apreciados. Había uno de gran mérito que frecuentaba mucho la casa de un burgués; lo apreciaban por su cortesía, no era altanero, ni de malos modales y a la dama le agradaba de veras su compañía (vv.10-22).

Los tres ciegos de Compiègne

Al hostelero le dice que lo acompañe y se van los dos hacia la iglesia, cruzaron la puerta y entraron dentro (vv. 214-217). Era domingo y había mucha gente en la iglesia. (vv. 262-263) El clérigo... vino a despedirse de su hostelero y éste lo acompañó hasta la hostelería. montó el clérigo y prosiguió su camino. Poco después volvió el hostelero a la iglesia (vv. 264-267).

Se filtra, sin embargo, en esta descripción de los ámbitos urbanos cierta voz normativa que clasifica y regula los espacios públicos:

San Pedro y el juglar

Hubo un juglar en Sens que era de muy pobre condición, pocas veces llevaba toda su ropa encima [...] Su refugio era la taberna y de la taberna iba al burdel: esos eran sus dos lugares de combate. No sé qué más puedo decir, le gustaban la taberna y el puterío [...] siempre quería estar jugando en la taberna o en el burdel [...] siempre llevó mala vida... (vv. 4-40).

Esta operación normativa llevada a cabo desde las valoraciones de la voz del narrador representa el mecanismo de validación de la propia ciudad que divide y califica sus espacios públicos. Sin embargo, la regulación se extiende también a los ámbitos privados, metonímicos de igual manera, aunque ahora desde la individualidad del espacio urbano.

Éste está principalmente encarnado por la casa. En este aspecto debemos recordar que la habitación del burgués es también su sala de comercio, las ventanas están ubicadas hacia la calle, en contacto con la vida exterior, y, a través de ellas, ruidos y olores penetran en los interiores.

En la continuidad entre calle y casa se definen también espacios intermedios que actuarían como nexos entre el adentro y el afuera, representados por el huerto, la ventana y las calles:

La burguesa de Orleans

...entonces él vendría a la puerta del huerto que estaba cerrada y que ella le enseñó, allí estaría ella, cuando ya fuese noche entrada (vv. 32-33).

Auberee la vieja alcabueta

Un día salió de su casa con la cabeza cubierta por el manto. Se fue deambulando por la ciudad hasta llegar ante la casa de su amiga... En esto se fijó en la casa de una vieja costurera, cruzó la calle y se apoyó en la ventana (vv. 110-114).

El preste y Alison

Solía vender en su ventana ajos, cebollas y sombreros bien trabajados, hechos de junco flexible, no del que crece en agua estancada (vv. 10-13).

La interrelación de lo público y lo privado no queda, sin embargo, reducida a una cuestión de espacios físicos –del mismo modo que las ciudades no son meras descripciones– sino que determina una relación similar en las acciones de los habitantes, convertidos en personajes del *fabliau*.

La manta partida

Hoy os voy a contar una aventura que le ocurrió, hace unos diecisiete o veinte años a un rico burgués de Abeville que tuvo que dejar la ciudad con su mujer y su hijo. Salió de allí con sus riquezas porque se vio enfrentado a gente más poderosa que él y temía vivir entre sus enemigos. Se vino a París, y aquí vivió tranquilo; presentó su homenaje al rey que lo aceptó como hombre suyo. El burgués era prudente y educado, su mujer de carácter alegre y su hijo sensato, ni villano, ni descortés. Los vecinos de la calle en la que se fue a vivir lo aceptaron con agrado, iban con frecuencia a visitarlo y le daban muestras de respeto (vv. 22- 44).

Todos son, entonces, órganos vivientes que determinan que los propios habitantes de las ciudades, en tanto miembros de un espacio público y de uno privado existan a partir de esa dialéctica.⁶

En este punto se añaden dos posibles definiciones más del espacio urbano en los *fabliaux*. En primer lugar, el ámbito de la ciudad es un espacio regulador no sólo de las acciones que se llevan a cabo en la iglesia, el mercado o la plaza, sino también en los ámbitos privados en los que se presentan los actantes. Por otro lado el espacio urbano es, en tanto representación de las relaciones interpersonales, el eje en que se construye la imagen y el espejo en el que se reconocen y validan estos actantes.⁷

⁶ Seguimos, al respecto, las afirmaciones de J. Habermas (*Storia*) que indica que en la Edad Media europea la oposición público-privado no existe en los términos en que se había dado en la antigüedad ni como se daría posteriormente en la modernidad.

⁷ Tal como señala Max Weber (*La ciudad*, 50). En las nuevas ciudades el ciudadano entraba a formar parte de la burguesía en tanto que individuo y en tanto que tal prestaba juramento de burgués. Más que el origen

Con respecto al primer concepto, la ciudad en tanto cuerpo social debe preocuparse por imponer su normativa urbana; cuando esto no ocurre así es la ciudad misma que irrumpe violentamente para corregir los desvíos ocasionados. En la mayoría de los casos, las irrupciones de la regla urbana frente a miembros que se han "desviado" trae como consecuencia el castigo corporal.⁸

El preste y Alison

Había encendido un fuego y lo volcó en una gran cama... después se puso a gritar: "¡Socorro! ¡Fuego!". Los del pueblo (vile), que era grande acorrieron todos: rompieron la puerta de la habitación de la que salían las llamas, la misma en la que el preste se divertía. El carnicero del pueblo entró y miró, vio al preste y lo reconoció (vv. 392-405).

Mucho le pegaron y también le quitaron la capa. ¡Virgen María, ayúdame! dijo el preste, ¡sálvame la vida! y saltó a la calle por un ventanuco. Por detrás parecía un camero porque no llevaba nada encima. Los del pueblo lo vieron desnudo como un gusano. En verdad no le habría disgustado tener algo de ropa encima de los huesos. Se veían las señales de los golpes en la espalda, las costillas y las caderas. Bien lo habían avergonzado y pegado. Entró en su casa corriendo, temblando como una hoja (vv 419-436).

La cita precedente también aporta elementos para considerar el segundo aspecto men-

familiar era por tanto la calidad de miembro de la asociación local de la ciudad lo que garantizaba el estatuto de burgués.

⁸ En el ejemplo que se cita a continuación cabe destacar la importancia de los elementos dramáticos en el *fabliau* que no se desarrollan en este trabajo, pero que, tal como señala parte de la crítica, completan la visión del contexto que aporta el género.

cionado: la importancia de la normativa urbana en la construcción de la identidad. Todo evento personal se continúa en la calle y en la plaza, el mercado o la iglesia. La ciudad es un lugar de espectáculo en el que cada ciudadano actúa su papel a partir de la construcción de una imagen social. De ahí la mención al vestido en este contexto y de ahí, también la notable condensación semántica de la desnudez, reservada casi siempre a estos sujetos castigados por el resto de la ciudad.⁹

Auberee la vieja alcabueta

La vieja... coge un mantoncillo y se dirige rápidamente a la casa de su vecina (vv. 137-141).

Sin poder dormir, se sentó desnudo sobre la cama, se levantó y fue a asomarse a una ventana. La vieja... lo encontró en la ventana (vv. 183-190).

En último término queremos hacer una referencia al ámbito que rodea la ciudad, condicionando económicamente su existencia, y que, a efectos de contraponerlo, denominaremos la no-ciudad. Con este propósito partimos de las apreciaciones de Lotman (*L'estructure*, 311) acerca de la individualización de un espacio a partir de otro diferente. Según Lotman la base organizadora de la construcción de una imagen del mundo está determinada por la presencia de dos modelos espaciales, dos zonas de significación, una zona A y una zona no A, en donde permanentemente una se define en relación contrastiva con la otra.

⁹ Régnier-Bohler (Ariès-Duby, *Historia*, IV, 64) señala la vergüenza que representa el desnudo ante la mirada ajena y en cuanto a la relación con el grupo social, en nuestro caso llevada al plano del ridículo.

En este sentido podemos sostener que la ciudad forma un todo orgánico con las aldeas que la rodean, con el campo que la circunda y con el condado en su conjunto.¹⁰ Es un organismo socio-económico que se interpenetra, condicionando el accionar de los individuos. En el *fabliau* la no-ciudad básicamente es el espacio de todo lo permitido, de los engaños, del desenfreno sexual absoluto, el lugar de la desarmonía cuando se intercala con el de la ciudad. Este espacio está visto negativamente, es el ámbito de los campesinos, cuya caracterización estereotipada está resaltada desde un distinto manejo del elemento irónico y la comicidad.

El molinero y los dos clérigos

Un domingo, después de comer, se dirigieron a la puerta del monasterio. Allí se encontraron y se alejaron de la ciudad para hablar de lo que le inquietaba (vv. 19-23).

En contrapartida, se regresa a la ciudad cuando es necesario reglamentar las situaciones:

El molinero de Arleux

...porque yo tenía que acostarme con la doncella que es hermosa y está rellena y suave. Más valía estar con ella que tener ningún placer con vuestra esposa. Iré a pedir justicia y me marcharé ahora mismo a Oisy (vv. 318-323).

Otro rasgo interesante para señalar en esta diferencia tiene que ver con la presencia del

¹⁰ Con respecto a la relación entre aldea y ciudad, ya sea como dos estadios de una misma evolución o como dos formas esencialmente diferentes, véase la caracterización de la aldea que hace Guglielmi (*Espacto*, 33-45) en su análisis del *fabliau* de *Constant du Hamel*.

cuerpo que se lastima a sí mismo. En los casos en que el daño físico se produce por la falta de inserción del ámbito de la no-ciudad en el de la ciudad los daños corporales tienen que ver con torpezas de personajes ajenos al ámbito urbano (uno se quema, el otro se cae al piso por el olor). En contraposición, en los ejemplos señalados antes en la relación casa-ciudad el daño físico se producía por "mal comportamiento" de algún miembro de ese cuerpo social y era el propio cuerpo social en tanto tal, el encargado de imponer el castigo.

El campesino de Farbu

En el mercado, delante de una fragua, había puesto el herrero una herradura para burlarse de los locos y atontados a los que muchas veces había engañado (vv. 22-25).

...antes de que lograra tragarlo, se le quedó la lengua tan retorcida, la garganta tan escaldada y tan maltratadas las entrañas que no podía ni escupirlo ni tragarlo y pensó morir (vv. 101-107).

El campesino arriero

Esto ocurrió una vez en Montpellier, a un campesino que transportaba estiércol con dos burros. Un día cargó los asnos y sin perder tiempo se dirigió a la ciudad conduciéndolos... (vv. 1-6). Tanto se afanó que logró llegar y entró por la calle de las especias, donde los criados las machacaban en los morteros. En cuanto las olió... cayó al suelo redondo [...] (vv. 10-17) un hombre de bien... cogió entonces la horca que llevaba el burrero... y la cargó bien de estiércol acercándosela a la nariz. Cuando éste sintió la fragancia del estiércol y se borró el olor de las hierbas aromáticas, abrió los ojos, se puso de pie de un salto y dijo que estaba totalmente curado (vv. 37-44).

Creemos que a partir de los textos estudiados se puede afirmar que el discurso ficcional de los *fabliaux* conlleva como uno de sus principios constructivos esta organización de lo cotidiano que implica la vida en las ciudades. La regulación de las conductas de los habitantes, la buena lectura de los códigos urbanos, la definición de espacios no ciudadanos a partir de las diferencias, son algunos de los aspectos utilizados para la representación de esta *nueva* forma de convivencia social.

En este sentido consideramos que el término *nuevo* debe ser remarcado puesto que la novedad no estriba solamente en las descripciones ficticias acerca del funcionamiento de este cuerpo social sino que además se sostiene con una forma genérica novedosa que permite –en tanto escapa a los sistemas de producción, circulación y recepción tradicionales– el tratamiento de estos espacios de relaciones humanas.

Si analizamos los textos como construcciones discursivas que dan cuenta de esa interacción social y atendemos siempre a la preeminencia, en una u otra forma, de la textualización de lo urbano, se puede lograr un análisis que deje de lado las tipificaciones genéricas, los encasillamientos que conectan al *fabliau* con el desarrollo de una determinada clase social y focalice la lectura en otros emergentes de su constitución.

Frente a esto y más allá de cualquier intento de encontrar mecanismos de representación directa –lo que se correspondería con un análisis descriptivo de las ciudades que ni siquiera existe en los *fabliaux*– se pueden reivindicar los elementos textuales que muestran esta representación: el fuerte dialogismo, los efectos discursivos diferentes o la clara ironía presente en la relación de oposición que se construye con la no-ciudad.

Es posible, también desde el mismo punto de vista, volver a pensar el tantas veces aludido realismo de estas historias, no como el germen de la literatura burguesa (sintagma imposible de asir como un todo homogéneo) sino como testimonio ficcional de las transformaciones que se imponen en el occidente medieval a partir del surgimiento y la consolidación de la ciudad.

Sin embargo, se torna evidente que este tematizar las relaciones de la vida cotidiana, sea ya un producto literario de la nobleza, sea ya de la burguesía, inaugura por sobre todo la posibilidad de un desplazamiento en las fórmulas de escritura hacia nuevos sistemas narrativos que, posteriormente desembocarán en la novela moderna.

Secuencias narrativas de los *fabliaux* nutrirán en los años siguientes la pluma de Boccaccio o Chaucer, pero ya la ciudad comenzará en estos textos a cumplir un rol diferente que la acerca a la problemática urbana del presente. En el *Decamerón* el marco de seguridad que proporcionaba en sus orígenes se rompe con la irrupción de la peste y es el regreso al campo lo que permitirá la instauración de un orden, aunque provisional y cerrado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARIÈS, PHILIPPE y GEORGE DUBY, *Historia de la vida privada*, Tomo IV. El individuo en la Europa feudal, Madrid: Taurus, 1990.
- BAJTIN, MIJAIL, *Esthétique et théorie du roman*, Paris: Gallimard, 1978.
- BEDIER, JEAN, *Les fabliaux*, Paris: Champion, 1893.
- BOUTET, DOMINIQUE, *Les fabliaux*, Paris: PUF, 1985.
- CASAS, FELICIA (DE), *Fabliaux, cuentos franceses medievales*, Madrid: Cátedra, 1994.
- GUGLIELMI, NILDA, *Espacio y sociedad en el fabliau de Constant du Hamel*, Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias (PPU), 1993.
- HABERMAS, JÜRGEN, *Storia e critica dell'opinione pubblica*, Bari: Laterza, 1977.
- LOTMAN, JURI, *L'estructure du texte artistique*, Barcelona: Siglo XXI, 1973.
- NYKROG, PIERRE, *Les fabliaux*, Genève: Droz, 1973.
- RIBARD, JACQUES, "Et si les fabliaux n'étaient pas de 'contes a rire?'". *Le rire au Moyen Age. Acts du Colloque International*, Bordeaux: Université de Bordeaux, 1988.
- RYCHNER, JEAN, *Contribution a l'étude des fabliaux*, Genève: Droz, 1976.
- WEBER, MAX, *La ciudad*, introducción de Luis Martín Santos, Madrid: Ediciones La Piqueta, 1987.
- ZUMTHOR, PAUL, *La mesure du monde*, Paris: Seuil, 1993.